

Del castelo de Almourol a Peniche, pasando por Tomar, Batalha, Alcobaça, Nazaré y Óbidos



ALMOUROL Y TOMAR: EL DOMINIO TEMPLARIO (I)



Castelo de Almourol

Moisés Cayetano Rosado

Quizás lo que más me haya atraído siempre del **Castelo de Almourol** es su **soberbia presencia en medio del río Tajo**, en esa islita que parece que ha sido hecha para él. Entregado a los Templarios a mediados del siglo XII, fue reedificado por ellos, que lo terminaron en 1171, con **nueve torres circulares perimetrales y una magnífica Torre del Homenaje** en su centro.



Accedemos al monumento en una barquita que nos hace sentirnos conquistadores en los pocos metros que lo separan de la orilla. Subimos por el montículo que le sirve de base como unos guerreros esforzados, que van a ser recompensado por un interior recio y monumental, de unas vistas sobrecogedoras al entorno, con sensación de riesgo y de vacío desde su corona almenada, de triple barrera: torre, adarve y barbacana.

A pocos kilómetros, hacia el noroeste, llegamos a **Tomar**. **De nuevo, la huella templaria nos espera** en la ciudad (esa extraordinaria **Igreja de Santa Maria dos Olivais, primera sede de la Orden del Templo**, reconstruida por el Gran Maestre Gualdim Pais en el siglo XII, con posteriores añadidos manuelinos), pero especialmente en **su Castelo, enclavado en lo más alto del territorio. Gualdim Pais inició su construcción en 1160**, con modelo similar al de Almourol, pero magnificado; el **alambor que lo rodea es de unas dimensiones colosales**, constituyendo un declive defensivo de extraordinaria eficacia tanto para dificultar el ataque como para evitar la acumulación en rampa de materiales en caso de derribo de la muralla, al hacerlos resbalar a lo lejos.



Y allí, **dentro de los cuarenta mil metros cuadrados de su amurallamiento, está el Convento de Cristo**, un libro abierto, una lección completa de los estilos artísticos románico, gótico, manuelino, renacimiento, manierismo y barroco.

Lo primero que **nos impresiona es la monumental Charola Templaria, de traza románica**, en planta central, rememorando al Santo Sepulcro de Jerusalén, a cuyos pies se edificaría la iglesia del siglo XVI. Entre el castillo y la charola tenemos dos hermosos claustros mandados edificar por el Infante D. Henrique. En el extremo opuesto, a los pies del templo, otros cinco claustros más completan el conjunto, enlazando con el del extremo sur (Claustro dos Corvos) un **acueducto del siglo XVI** con 6 kilómetros de largo.



De especial belleza es el Claustro de D. João III, colosal obra del renacimiento, llevada a cabo por el arquitecto Diogo de Torralva.



Pero lo más visitado, contemplado, admirado y fotografiado de todo este laberinto de bellezas es la exuberante “Janela” manuelina, todo un alarde de ornamentación y simbolismo, brillante alegoría de los descubrimientos portugueses, de sus conquistas y aventuras por el mar.

La Orden de Cristo, sucesora y heredera de los Templarios en Portugal, alcanza en este convento la más alta expresión de su poder y su grandeza artística, obteniendo con toda justicia la calificación de Patrimonio Cultural de la Humanidad en 1984.

BATALHA Y ALCOBAÇA, EL FULGOR CONVENTUAL (II)



Moisés Cayetano Rosado

Si accedemos **por la noche a Batalha, nos sorprenderá el fuego de su monasterio al lado mismo de la carretera.** Demasiado al lado, por el peligro de la contaminación del tránsito rodado, pero tan tentador que hay que hacer una parada y pasear alrededor del Convento iluminado.

Casi doscientos años tardó en elevarse este **esplendor del gótico conmemorativo de la victoria portuguesa en la Batalha de Aljubarrota** ante los castellanos: de 1388 a 1580. Por eso, todas las muestras del gótico clásico y flamígero, del manuelino más radiante, están reflejados en sus muros, sus pináculos, contrafuertes, arbotantes, el fastuoso Claustro Real (donde destacan en especial sus ventanales afiligranados, calados como el mejor de los bordados) y el más sobrio de D. Afonso V.



Pero nos sorprenderán especialmente las tres naves de la Iglesia, alzándose la central a 32'46 metros de altura; las vidrieras historiadas y multicolores de las laterales, el transepto y la **hermosísima “Capela do Fundador”** (mandada construir por D. João I para ser su panteón, a la derecha de la entrada principal), con un total de 66 aberturas, y esas **peculiares Capelas Imperfeitas, tras el ábside, ideadas como panteón de D.**

Duarte, pero que no llegaron a techarse, quedando eternamente interminadas: las obras de los Jerónimos en Lisboa demandaron a los artistas y artesanos que allí trabajaban.

Desde Batalha, 20 kilómetros al suroeste, podemos ir a ese otro increíble convento que, junto a los de Tomar, Batalha y los Jerónimos forma el conjunto de “Mosteiros Portugueses Patrimónios da Humanidade”: el de **Alcobaça**.



Obra del primer gótico, cisterciense, construido entre 1178 y 1254, es una muestra -especialmente en su interior- de la sobriedad del Cister, al tiempo que de su admirable pureza de líneas, su vertiginosa verticalidad y esbeltos arcos apuntados que parecen elevarse al infinito.



El **Claustro de D. Dinis, del siglo XIV**, conserva esa sencillez y belleza cisterciense que nos llena de admiración por su pureza. Tiene una segunda planta del siglo XVI, renacentista, que no desdice de la belleza de la planta baja, encajando con armonía.

Quizá lo más visitado del Convento sea, en el transepto, los sepulcros de D. Pedro y y Doña Inés de Castro, por lo que supone su trágica historia; pero ya en sí son todo un acontecimiento artístico: de lo mejor de la escultura tumularia gótica, tanto por las figuras yacentes de los personajes como por los sarcófagos, donde sobresale en especial el Juicio Final, en el de Doña Inés.



Una visita a **las cocinas, con gigantesca chimenea**, se hace obligada en este monasterio: nos hace recordar a las del Palacio Nacional de Sintra, monumento civil equiparable en su grandeza.

DE NAZARÉ A PENICHE PASANDO POR ÓBIDOS (y III)



Moisés Cayetano Rosado

Al lado mismo de Alcobaça, ligeramente al noroeste, tenemos al pueblecito pesquero de Nazaré. **Pocos lugares tan sencillamente encantadores, con su larga playa de arena fina**, en uno de cuyos tramos secan al sol diferentes pescados en tenderetes rudimentarios, y allí mismo los venden.

Desde el paseo marítimo salen en perpendicular calles estrechas, bien trazadas, por donde merece perderse. Buscar los pequeños restaurantes de la población, donde **tomar berberechos, almejas y caldeirada de pescador** resulta extraordinariamente placentero; luego, comer unas **castañas**

asadas y unos **altramuces**, terminando en un puesto de **helados** en sus plazoletas, lo que resulta irresistiblemente tentador.



Desde la playa, hacia el norte, vemos **el barrio de El Sitio, que parece un barco gigantesco de caliza elevado en vertical, con la quilla expuesta en láminas gruesas de piedra compactada**. El Sitio es un lugar privilegiado para asomarse al borde del abismo y ver la playa por donde acabamos de estar, así como deslumbrarnos al sol que se pone y llena de brillos el horizonte.

Viajando al sur, ligeramente apartado del mar, encontramos enseguida a **Óbidos, una de las villas medievales más atractivas de Portugal**.



Su **castillo, de los siglos XII y XIII**, culmina el morro de su orografía ascendente, a donde nos conducen calles casi trazadas a cordel desde la entrada, con la suave curvatura a que obliga la topografía.



Callejear por Óbidos, descubrir y entrar en sus múltiples iglesias medievales y de comienzos de la Edad Moderna, entre **el bullicio casi sempiterno de turistas**, se hace placentero, y más si se toma en algunos de sus múltiples bares una **ginja en taza de chocolate** (también comestible). No hay que perderse tampoco sus librerías y puestos artesanales, así como un **recorrido por la muralla perimetral** desde donde las vistas a los alrededores son extraordinarias.



Y extraordinarias también son las de **Peniche**, enseguida al oeste, hacia el Atlántico, y sobre todo las de su **Farol, enclavado en un paisaje rocoso de piedra arenisca fosilizada**, que se recorta altiva en el mar, creando figuras caprichosas y abismos que sobrecogen.



Ya en la población -a la que accedemos por una lengua de arena que nos deja amplísimas playas a uno y otro lado-, hay que destacar su **Fortaleza. De planta en estrella irregular, desafiando al mar que le sirve de parapeto en el oeste, fue construida en el siglo XVI**, como defensa contra los ataques piratas ingleses, franceses y berberiscos. Se proseguiría su **ampliación durante de Guerra de Restauração**, bajo dirección del francés Nicolau de Langres y después de João Tomaz Correia, tan importantes en todo Portugal durante la Edad Moderna. Los invasores franceses lograron ocuparlo en 1807, perfeccionando sus defensas, adquiriendo el soberbio porte que hoy en día tiene.

Quizá este Forte sea más **especialmente conocido por haber sido prisión salazarista (1930-1974) de máxima seguridad**, lo que no impidió que se efectuaran espectaculares fugas, como la del dirigente comunista

António Dias Lourenço en 1954, o la de otros dirigentes del PCP, encabezados por su Secretario General, Alvaro Cunhal, en 1960. Hoy es un magnífico Museo de la Memoria de aquellos terribles tiempos del salazarismo y un lugar gratísimo para pasear, tanto en el interior como por sus alrededores.



Peniche, además es una población encantadora, cuna **demagníficos bordados en encaje de bolillos, y lugar idóneo para saborear pescados y mariscos (cataplanas y caldeiradas sin rival...)**. Desde su puerto, podemos tomar un barquito que nos acerque a las **islas Berlengas** -a 10 kilómetros solamente-, paraíso de las gaviotas, que anidan a millares en el mismo suelo que pisamos al pasear por ellas. Lo abrupto de las rocas forma cavidades caprichosas, que podemos recorrer en pequeñas barquitas, oyendo a los simpáticos barqueros locales, avezados pescadores que aprovechan las esperas con sus cañas, siempre exitosas en la tarea de llenar la barbacoa.

Octubre 2015